

REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 50.

La mundialización y la apuesta intercultural.

La interculturalidad del Mc World en el paradigma globalitario.
Mohammed Nour Eddine Affaya

La interculturalidad del Mc World en el paradigma globalitario

*Mohammed Nour Eddine Affaya

Es cada vez más asombroso constatar que el término “mundialización” o “globalización” se ha vuelto objeto de una verdadera retórica, consumido por todo el mundo, tanto en el Norte como en el Sur, en Oriente como en Occidente. Expuesto y discutido por los especialistas en economía, en finanzas, en técnica, infamado por los políticos, retomado, sin cesar, por los periodistas y profesores, etc., este término se consume hasta el punto en que huelga interrogarse sobre la “tasa de su consumo” a la que se expone en relación con los elementos de producción semántica que contiene, creando, también, un intercambio desigual entre la exageración discursiva –acerca de la mundialización– y los hechos o los marcos que lo engendran.

En el interior de este *mare mágnum* de palabras, discursos, textos, nos encontramos frente a personas entusiastas que defienden la mundialización, sus apólogos, así como ante los detractores y críticos que denuncian los dramas que produce. Hay, además, indecisos o espectadores que aún no creen que el mundo se haya “mundializado” y que esta mundialización tiende hacia la dominación del mundo. Por otro lado, hay gente que la considera como una “trampa”, una “obsesión”, como una “fiebre”, a la vez que se percibe, también, como “mito”.

A menudo se oye decir que es “imperioso adoptar la mundialización, adherirse a ella e interiorizar sus reglas si se quiere pertenecer al tiempo del mundo y preparar el porvenir”, ya que ¡las consideraciones identitarias, los bienes simbólicos de un país pertenecen al pasado! Resistir a la mundialización en nombre de estos bienes sería un anacronismo, por no decir una verdadera pérdida de tiempo. Otros, en cambio, insisten en la necesidad de “luchar contra esta mundialización, porque es inherente a la nueva

ola de hegemonía que Occidente impone al mundo. No se trata sólo de dominación económica sino de una profunda conmoción cultural e identitaria”¹. Estas dos actitudes provocan en la persona un malestar paradójico, dado que la adopción de una rechazando radicalmente la otra produce una verdadera tensión. Pero de todos modos, aunque este fenómeno –la mundialización– aún no ha adquirido una dimensión mundial “generalizada”, el excedente discursivo a propósito de la misma y la fe –efectiva o ilusoria– en ciertos aspectos suyos, nos empujan a tomarlo, seriamente, en consideración.

¿Cómo se presenta esta mundialización en sus manifestaciones económica, política y cultural? ¿Representa una nueva dinámica intercultural o una voluntad de potencia hegemónica?

¿ACASO ES UN NUEVO NACIMIENTO DEL MUNDO?

A la luz de las mutaciones que conoce la economía, la política y la cultura, y la emergencia de nuevas formas de potencia, sacudiendo la geopolítica y valorando las consideraciones geoeconómicas, una verdad primera y esencial se impone a todos los que quieren comprender los fenómenos de la mundialización. Consiste en el hecho de reconocer que la mundialización es una nueva fase en la evolución del capitalismo. Porque este modo de producción, desde sus inicios hasta hoy, ha podido continuar y garantizar los factores de su expansión gracias a sus capacidades de producir distintos modos de acumulación cada vez que los antiguos modos de acumulación se exponen a una crisis o a una desregulación.

Todos los indicios muestran que el fenómeno de la mundialización evoluciona, simétricamente, con la evolución y la expansión del capital financiero, que se manifiesta bajo tres aspectos principales: 1. la libertad de movimiento de los capitales; 2. la libertad de las inversiones y 3. el libre comercio. Estos aspectos no hubieran podido cristalizarse sin la victoria, casi total, del capitalismo sobre los modos de producción que han experimentado otros modos de producción, distribución y consumo. Hay expertos que consideran que esta victoria se ha realizado en tres frentes: el primero es inherente a la accesión de Margaret Thatcher y Ronald Reagan al poder para llevar una verdadera guerra contra el principio de la intervención del Estado en la economía; el segundo consiste en la dramática disolución de la URSS y la derrota del *comunismo* como contradicción que ha amenazado las grandes opciones de capitalismo durante el siglo XX; mientras que el tercer frente fue posible gracias a la victoria conseguida sobre Irak por una coalición mundial liderada por Estados Unidos. La destrucción de este país y el embargo que salvajemente se le impuso fueron orquestados en nombre de una pretendida voluntad de dominar los regímenes dictatoriales y de impedirles realizar un

cierto *desarrollo* no controlado por el centro capitalista. El asunto de Kosovo no es en absoluto ajeno a esta perspectiva estratégica que ha confirmado, asimismo, la marginación *humillante* del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Para hacer prevalecer sus experiencias, el sistema capitalista, tal como está dirigido por los EEUU, ha trastornado radicalmente las nociones del tiempo y del espacio y ha cambiado por completo de prácticas políticas, sobre todo en el ámbito del papel del Estado. Está revisando, estructuralmente, la cultura económica para establecer una “nueva ideología del capitalismo”. En este contexto las relaciones entre el mundo de la economía y las instancias estatales se ven, cada vez más, puestas en tela de juicio. Para Michel Albert, si el año 1791 constituye la fase del capitalismo contra el Estado instaurando la libertad comercial e industrial, y si en 1891 el capitalismo queda enmarcado por el Estado templando los excesos del capitalismo y reajustando las derivas del mercado, el año 1991 representa un hito en la historia económica y política del mundo, dado que el capitalismo se substituye al Estado pretendiendo, sobre todo por parte de M. Thatcher y R. Reagan, que el Estado ya no es “un protector o un organizador, sino... un parásito, un freno, un peso muerto”².

Es cierto que el capitalismo no es necesariamente homogéneo, ya que cada país capitalista propone diferentes respuestas a las preguntas de sociedad tales como la inmigración, la pobreza, la fiscalización, los salarios, la seguridad social, la empresa, etc., pero los logros espectaculares de la mundialización, orquestados por los poderosos organismos internacionales y orientados por los EEUU en el marco del neoliberalismo, imponen un nuevo léxico al mundo y una referencia económica única. Las palabras clave se vuelven: privatizaciones, mercados financieros, flexibilidad, desregulación, management, etc., y “hacer creer que el mensaje liberal es un mensaje de liberación”³.

Pese a las diferencias culturales, históricas y sociales de los sistemas, países y regiones, la mundialización tiende a reducirlas, incluso borrarlas. Así cualesquiera que sean las respuestas dadas por los diversos capitalismo a las grandes preguntas de la sociedad, la filosofía del nuevo crecimiento postula menos Estado, menos burocracia, y más flexibilidad y soltura. Ante las consideraciones estratégicas el socialdemócrata europeo, el liberal americano y el conservador británico se hallan en el mismo campo para defender los intereses del capitalismo internacional⁴.

Se encuentran resistencias, aquí y allí, del orden de “la excepción francesa” o las “especificidades europeas” o bien en nombre de las diferencias culturales y étnicas o incluso políticas como el caso chino, por ejemplo, pero la lógica americana tiende, de distintas maneras, a imponer las opciones que han hecho de EEUU una superpotencia, sin dejar a los demás la posibilidad de volverse fuertes, y que pone trabas a toda coalición que pueda poner en cuestión su supremacía económica, por el control del sistema monetario internacional y la Organización Mundial del Comercio (OMC), militar mediante la OTAN, haciendo de ella la referencia mundial única para resolver los conflictos, y cultural, dominando el mercado internacional de la comunicación, telecomunicación,

producción audiovisual y prensa, etc.⁵ Así, todos los discursos sobre la democracia, los Derechos Humanos, el papel del Estado, la economía de mercado, la soberanía, etc., que acompañan la mundialización vienen determinados por los datos estratégicos que los Estados Unidos de América tratan de organizar y consolidar para “mundializar” sus modelos y sus opciones mediante todos los medios posibles o impuestos⁶.

Amén de la libre circulación de capitales, inversiones, libre comercio, etc., tal como son transmitidos por las fuerzas de disuasión monetarias y comerciales como el Banco Mundial, el FMI, la OMC, las multinacionales, etc., se observa una tendencia americana creciente hacia la instauración de un *colonialismo* tecnológico y cultural, con el pretexto de que la mundialización constituye el “estadio supremo de la civilización humana” como pretende Thomas Friedman⁷. Y parece que los neoliberales no piensan más que en generalizar sus nuevos valores bien por la coacción y el chantaje, bien por la violencia, según el caso y los clientes, lo que ha empujado a algunos a considerar que estamos, a fin de cuentas, asistiendo al “retorno a la barbarie”⁸.

Efectivamente, en cuanto un país se ve obligado a introducir el liberalismo en su nueva versión, las flagrantes disparidades de clases se manifiestan, la violencia y el crimen se intensifican (hay más de un millón ochocientos mil prisioneros en EEUU) y aumenta el paro (la destrucción de las economías de los países del Sudeste de Asia y la voluntad de desarticular Indonesia han engendrado la pérdida de 30 millones de empleos...). La relación causal entre el aumento de la riqueza y la ampliación del círculo de la pobreza se ha vuelto una verdad desestabilizadora para todas las sociedades, ya sean las que militan por la mundialización, ya las que sufren este nuevo despotismo⁹.

Si el colonialismo tradicional ejerció peores formas de explotación, humillación y desprecio en los países del Sur, en nombre de la supremacía del hombre blanco, la mundialización, con sus penosas condiciones y sus duras coacciones, empieza a amenazar de explosión, ante los ojos del mundo, en más de una sociedad, y pone en peligro el equilibrio de muchos países cuando embarca, a través del neoliberalismo, a su población en la violencia, el crimen y la anarquía¹⁰. Los acontecimientos que han vivido Indonesia, Rusia, Brasil y otros países son el resultado lógico de las recomendaciones del FMI y el Banco Mundial, hasta tal punto que ciertos observadores consideran que la política del libre comercio es fatalmente suicida, y que la mundialización comienza ya a demostrar su aplastante fracaso. Así, decir que el triunfo de la mundialización aporta más libertad a los pueblos y riqueza a las poblaciones es una falacia.

Por otro lado, la economía de mercado, en su principio mismo, se funda en las condiciones de la competencia y el equilibrio, y presupone un conjunto de reglas como la igualdad a nivel del intercambio. La historia demuestra, cada vez más, que las sociedades sólo acceden a un nivel económico desarrollado cuando hay un reparto, teniéndose en cuenta las expectativas de los distintos grupos sociales, ya que la integración social es el criterio del desarrollo. Lo cual no interesaba demasiado a los apólogos de la mundializa-

ción hasta que los *clientes* del campo de Davos se dieron cuenta, por fin, en enero de 1999, por medio del presidente del foro Klaus Schwab, de los peligros que engendran las virulentas leyes de la mundialización, y que el descuido y la marginación de amplias capas de la población amenazan, ciertamente, las bases sociales que fundan la democracia.

Sin embargo, la gran paradoja que se impone consiste en el hecho de que la mundialización es, en el fondo, un nuevo estadio del capitalismo; pero donde la denuncia y protesta contra sus derivas y excesos no posee ninguna alternativa posible. El capitalismo no ha nacido ni ha evolucionado para hacer feliz a toda la humanidad. Su espíritu consiste en la ganancia y la rentabilidad. Así, su historia, llena de crisis y crisis superadas, siempre ha producido a ganadores y perdedores. Los acontecimientos demuestran, día a día, que el peligro de destrucción puede alcanzar a todo el mundo, ya sea a los que aplican las condiciones de la mundialización al pie de la letra o a los que siguen resistiéndose.

Comprender el fenómeno mundialización es una necesidad continuada, se quiere analizar sus movimientos, criticar sus derivas y, sobre todo, como dice Pierre Bourdieu “resistir a la plaga neoliberal”¹¹. Sin embargo, y a pesar de las posibles precauciones, la mundialización constituye una realidad pertinaz, casi inevitable, aunque carezca de todas las promesas o indicios alentadores. Asimismo, las actitudes denunciadoras y críticas, hasta la fecha, no proponen demasiados contraproyectos bien definidos al capitalismo mundializado. Ante las desregulaciones a veces catastróficas, y las graves coacciones que el sistema globalitario impone a los estados, parecería que los responsables de los países del Sur pueden, todavía, producir las condiciones de posibilidad de una economía de solidaridad, de compromisos sociales y políticos en el interior, para protegerse de los deslices económicos, sociales y culturales que acompañan la mundialización. Sin embargo, esto no puede ser realmente posible sin la instauración de una nueva cultura y una redefinición de los papeles del Estado, sabiendo bien que este deseo se hace en un contexto general caracterizado por lo que algunos llaman la “mitigación del optimismo histórico” y el establecimiento de una “nueva Edad Media”¹², que valora la indeterminación, lo aleatorio, lo confuso y las “solidaridades fluidas”, etc.

ANTE LA “MUNDIALIZACIÓN CORRECTA”: CONTRA EL ESTADO, ¡¡VIVA EL ESTADO!!

No es un casual que el sistema globalitario no cese de poner en cuestión al Estado. La historia de la mundialización es la historia de un continuo juego de posicionamiento entre el mercado y el Estado.

El Estado era –y sigue siendo– una preocupación central para todos los actores de la historia, ya sea para dominar sus potencialidades y sus aparatos, o para delimitar sus poderes. Asimismo la escritura de la historia del Estado se confunde siempre con la historia de las civilizaciones y las naciones. Sin embargo, ¿podemos interesarnos en las cuestiones de las civilizaciones sin referirnos a los estados que originaron la producción de los sistemas sociales y culturales?

A la luz de la inflación discursiva en los ámbitos económicos y de comunicación sobre el replanteamiento de las nociones de fronteras, mercado, empresa, trabajo, soberanía, etc., el tema del Estado atrae a los historiadores, políticos y economistas. En este contexto histórico mundial, marcado por la crisis y la reconstrucción, el Estado se ha convertido en una cuestión central en el campo de la historia de las ideas. La crisis económica que experimentan ciertos países se percibe como una crisis estatal en primer lugar. El empeoramiento de la recesión económica se considera como la expresión de la incapacidad del Estado para resolver las desregulaciones de la economía, y de la debilidad de los mecanismos de su funcionamiento. Así, el Estado resulta un verdadero problema, por no decir una cuestión embarazosa. A la vez que es necesario –el Estado–, se ha convertido, a la luz de las nuevas exigencias, pesado, engorroso y nada adaptado a las profundas mutaciones que experimentan las sociedades.

No se trata de una reconstrucción administrativa y financiera de los aparatos del Estado, aunque sea una operación indispensable para preservar su papel regulador a nivel económico y social, pero sí se trata, más bien, de volver a definir sus funciones y delimitar sus nuevos papeles. Desde luego, los hay que reclaman, lisa y llanamente, reducir sus papeles y retirarse de ciertos terrenos vitales, como si la mundialización significara, imperiosamente, la reducción de los poderes del Estado y eludir sus movimientos en provecho de la iniciativa privada y la lógica aleatoria del mercado. Parece, asimismo, que la crisis del Estado, según los debates en curso, se refiere a la nueva comprensión de la crisis del sistema capitalista. El discurso de la crisis ha alcanzado, también, los sectores sociales, hasta tal punto que la sociedad en su totalidad, según la percepción neoliberal, debe estar al servicio de los ideales económicos, como si el cambio de modo de acumulación en esta etapa transitoria supusiera la reconstrucción de la relación entre la política y la economía, entre la justicia y la producción de riquezas.

No obstante, las cosas no son tan fáciles como aparecen en ciertos escritos entusiastas de la nueva lógica económica. Requerir una restricción del papel del Estado en ciertas regiones del mundo no quiere decir, en absoluto, que se deba imponer en otras partes del planeta, en la medida en que el Estado posee una historia que gobierna el modo de presencia de ciertos países en el escenario mundial. El modelo francés de Estado, a título de ejemplo, no puede dissociarse del concepto de la nación, o de la economía y la sociedad. La relación entre la ciudadanía y la nacionalidad –en la política francesa– representa la expresión simbólica de la recuperación del Estado por la Nación. La experiencia

de industrialización asimismo fue posible gracias a las planificaciones y las inversiones del Estado que desempeñaba –y sigue desempeñando– un papel determinante en el desarrollo, pese a las obligaciones del tratado de Maastricht, de la nivelación de la economía francesa, ante los desafíos del Euro y la mundialización. Todos los actores capitales conciben la “Nación” francesa a partir de categorías políticas¹³. Por esta razón Alain Touraine constata que el Estado francés fue a la vanguardia de los países europeos para garantizar los derechos políticos, pero es muy lento en el otorgamiento de los derechos sociales y vacila, todavía, en el reconocimiento de los derechos culturales.

Por otro lado, el Estado sigue teniendo unas funciones históricas que cumplir en países como Marruecos y los países del Sur en general. En un tiempo mundializado y parcelado, el Estado debería eludir las explosiones de tenor identitario y garantizar las condiciones institucionales para consolidar los lazos culturales y sociales, y fundar unas bases para intensificar las interferencias y la interculturalidad.

A pesar de la dominación de un pensamiento único sobre el movimiento de la mundialización, es sorprendente constatar cómo los estrategas adaptan sus reivindicaciones según la naturaleza de sus “intereses vitales”. El mismo Georges Soros no vacila en expresar sus temores. El desarrollo de los mecanismos de la economía de mercado a todos los niveles amenaza con acarrear la destrucción de las sociedades. Crear nuevos mercados financieros sin tener en cuenta la naturaleza específica del dinero apenas produce, a su parecer, los equilibrios necesarios. Lo cual engendra el peligro del dogmatismo económico, el integrismo y la anarquía en detrimento del trabajo y las inversiones productivas¹⁴.

Es inconcebible reducir toda la cultura política a un solo modelo de Estado, aunque los líderes de la mundialización trabajen para generalizarlo e imponerlo en todo el mundo. El neoliberalismo tiende a romper con las referencias políticas que han hecho del Estado-Nación un marco organizacional e institucional capaz de crear el equilibrio necesario entre las consideraciones políticas, las mutaciones económicas y las reivindicaciones de la sociedad.

Ante los distintos bloqueos que padece la acción política, el predominio de los factores económicos y financieros en particular y para atraer las inversiones, el capital financiero formula sus condiciones al Estado bajo pretexto de introducir reformas en las instituciones económicas, los aparatos financieros, administrativos y educativos, etc., con el fin de crear, en la jerga de los organismos financieros internacionales, las bases del equilibrio macroeconómico, la estabilidad política, los grandes equilibrios financieros, la atracción de las inversiones privadas, extranjeras en particular, pero a condición de liberalizar la economía, las políticas de los precios, del comercio, los capitales, e instaurar el principio de flexibilidad en el mundo laboral, un sistema arancelario no proteccionista, una fiscalización alentadora, la privatización de los establecimientos económicos, la reforma de la justicia y la administración, el respeto de los compromisos y la nivelación del tejido económico y empresarial para afrontar los desafíos de la competencia, etc.

Son éstas las nuevas funciones del Estado que predica la mundialización y que los países del Sur deben, imperiosamente, aplicar cualesquiera que sean las repercusiones sociopolíticas, dado que “la victoria del capitalismo no significa ni el triunfo de la democracia ni el mejor de los mundos económicos... Es el cumplimiento de lo relativo, del menor riesgo, del menor mal”, porque “nadie puede imaginar que está al alcance del mercado realizar un óptimo para todos y en todos los terrenos”¹⁵.

En todos los casos, la acepción de los principios del mercado supone la prohibición de toda “ambición global”. Es cierto que los líderes de la mundialización se han dado cuenta de la importancia para el Estado de conservar ciertas de aquellas prerrogativas tradicionales para garantizar las condiciones mínimas de una estabilidad política, pero sin desmarcarse por ello de los fundamentos del neoliberalismo. Y aquí se plantean varias preguntas: ¿puede decirse que la acción política conservará siempre una credibilidad? ¿Cuál es el papel del sistema político representativo? ¿Y cuál es la diferencia entre liberalismo político y democracia? ¿Y hasta qué punto la voluntad popular, a través del sufragio universal y las elecciones, tiene aún un papel en la determinación de las grandes medidas económicas, sociales y política del Estado?

Observadores de todos los bandos constatan que la democracia representativa está expuesta a críticas por distintos tipos de detractores. Ya sea por parte de las corrientes populistas que poseen una gran capacidad de movilización de las capas populares marginadas por el espacio político dominante, o bien por los grandes organismos que apoyan la marcha de la mundialización cuando la libertad de opinión, la decisión autónoma y la voluntad popular libre se convierten en elementos de resistencia a sus condiciones y criterios aunque no cesen de pretender “universalizar” los Derechos Humanos, del niño, de la mujer, de las minorías y/o de la sociedad civil, etc.

En consideración de lo que se desarrolla en la escena política internacional, el pensamiento padece un gran déficit en cuanto a los ideales inherentes del Estado, que consisten en contar con la realización del Bien y de la Felicidad de todos los ciudadanos.

Todas las sociedades, respecto a las condiciones económicas, políticas y culturales, buscan en los tiempos presentes un “Estado razonable”. El receso del “optimismo histórico” y el triunfo del capitalismo en su versión globalitaria imponen grandes desafíos a los estados, particularmente del Sur. Pese a los deslices, las sociedades siguen precisando de sus estados. Las funciones de protección, enseñanza, organización, sanidad, vivienda, concienciación, etc., siguen constituyendo expectativas reales en estos países, a condición de reformar sus instituciones, democratizar, verdaderamente, la vida política, desarrollar una sociedad autónoma, reconocer el derecho de igualdad y de justicia, repartir equitativamente la riqueza nacional, dar más valor a los jóvenes, etc. Es cierto que la sociedad es mucho más fuerte que la política. Pero ¿cómo puede rehabilitarse la acción voluntaria, los conceptos de contrato social, de reforma ante el capitalismo autoritario que impone la mundialización? ¿Hasta qué punto puede hablarse de

préstamo, interferencias e interculturalidad en un contexto de desigualdades flagrantes y falta de reciprocidad? ¿Puede apostarse por la interculturalidad en un mundo acosado por la obsesión de las finanzas y caracterizado por el receso de la política?

EL HOMBRE “MUNDIALIZADO”

O LA INTERCULTURALIDAD DESIGUAL

Comprender las repercusiones intelectuales y culturales de la mundialización. Ésta es la preocupación capital de esta reflexión. A pesar del “excedente discursivo” son escasas las tentativas de pensar en el estatuto “hermenéutico” de esta misma mundialización¹⁶. No es cuestión de pretender hacerlo aquí. Exige aproximaciones multidisciplinares en todos los campos en que este logro espectacular “globalitario” replantea y sacude los fundamentos de la misma.

Asombra constatar que con la “mundialización” hemos salido, a nivel terminológico de la era de los –ismos (colonialismo, imperialismo, etc.) a una variación que supone la presencia de los otros, la interacción y la comunicación. El término “mundialización” es, de antemano, un proceso en que el mundo participa –¡cualquiera que sea la participación!– adhiere, intercambia y comunica. La mundialización no puede considerarse solamente como una nueva fase del funcionamiento de la economía y la política; conlleva un nuevo paradigma en el ámbito del pensamiento y nuevas percepciones en los terrenos de la cultura. Supone, gracias a sus soportes comunicacionales, una inteligencia radicalmente distinta del tiempo, el espacio y las dimensiones ilimitadas de la representación imaginaria.

A partir de esta perspectiva, la mundialización puede significar, también, el movimiento de una interculturalidad, de un intercambio, sin trabas, de conocimientos, préstamos y símbolos, de experiencias humanas y culturales. Sirve para promover y hacer circular representaciones imaginarias, que por principio, poseen la capacidad de trascender fronteras y atravesar culturas.

Esta nueva inteligencia sólo tiene “sentido respecto a nuestra consciencia de pertenencia al mundo, ya sea este mundo el del mercado para los agentes económicos, lo universal para los filósofos o la escena estratégica para los soldados y diplomáticos”¹⁷. Todas las instancias del ser se entremezclan; las facultades se encabalgan; lo racional, lo perceptivo y lo emocional se articulan en el mismo acto de comunicación. Por este motivo se habla de “imaginarios de la mundialización”. Del mismo modo que se convierte en una realidad económica y comunicacional palpable, provoca un imaginario, una fan-

tasmagoría y un universo en el que el imaginario se nutre, día a día, de arquetipos, esquemas, signos, prejuicios y sueños. Zaki Laïdi habla de un “imaginario social” cuyas componentes son: 1. una cierta uniformización del mundo; 2. el “nacimiento de una vida cotidiana mundial” en que los medios de comunicación desempeñan un papel decisivo en esta “fenomenología del presente”; 3. la mundialización de las emociones o de una “convivencia emotiva”; 4. el mercado; 5. una nueva producción discursiva en que nacen las palabras, consignas, prioridades y agendas reputadas “urgentes” o “legítimas”¹⁸.

Las componentes de este imaginario apenas pueden ser similares u homogéneas. Cada entidad las asimila y las traduce de forma diferente, pese a esta tendencia creciente a la uniformización. Hay dos tipos de imaginario, el del encogimiento y el diferencialista. “El imaginario del encogimiento –para Zaki Laïdi– es la expresión misma de la mundialización en la medida en que niega precisamente toda idea de exterioridad, de frontera y de diferencia”¹⁹. Internet contribuye, ampliamente, a profundizar este sentimiento y produce en todos los niveles lo que Denis Duclos llama una “Taylorización mental”²⁰. Mientras que “el imaginario diferencialista constituye, casi, una antítesis simétrica del primero”, incluye todas las representaciones que, en nombre de la tradición y en oposición a la mundialización, insisten en la presentación o la refundación de las diferencias en nombre de la raza, la religión o la nación. Se traduce por “una llamada al proteccionismo económico, al control de los flujos migratorios, una resistencia a toda valorización del carácter mixto religioso o étnico”²¹. Las manifestaciones de este imaginario se encuentran por doquier y en todos los países, incluso en el seno de las naciones que guían el proceso globalitario.

Este proceso no se realiza sin provocar estragos económicos, políticos, sociales y, sobre todo, culturales. La lógica integrista del mercado, excluyendo todo esfuerzo de regulación, desconcierta las referencias identitarias. La *reforma* se ha convertido casi en algo absoluto en la marcha devastadora de la mundialización. El cambio también, pero las fuerzas tradicionales, tanto de derechas como de izquierdas, nacionalistas, pseudo liberales, del Norte como del Sur, se encuentran ante la total incapacidad de imaginar una alternativa o proponer un modelo auténtico de reforma social. Pese a los esfuerzos de ciertos intelectuales o de las fuerzas políticas que se habían identificado con la idea de proyecto, el neoliberalismo ha podido desconcertar toda tentativa utópica al margen de los criterios que propone a la humanidad fundados en lo aleatorio, lo incierto y la indeterminación.

Además de la noción de espacio, la cuestión del tiempo se ha revolucionado radicalmente. La mundialización, con sus fluctuaciones financieras y sus descubrimientos en el ámbito de la comunicación, ha engendrado una nueva problemática temporal, incluso una formulación trastornadora del pasado, del presente y del porvenir. El mundo vive con “urgencia”²². Amen del receso de la idea de proyecto, ya no se osa planificar a largo plazo. Hay una “sobrecarga del presente, que se efectúa en detrimento del pasa-

do o del porvenir”²³. La presentación del presente, que permanece fluida e inalcanzable, rompe con el pasado pero sin comprometerse en promesas sobre el porvenir. Aunque, paradójicamente, se espera del presente lo que antaño se proyectaba para el porvenir.

Se trata de una profunda revolución en el pensamiento y una desconstrucción, lenta y eficaz, de las pretensiones que creen aún resolver los problemas del presente remitiéndose al pasado. La urgencia y el interés son las palabras clave que gobiernan la nueva problemática temporal. Ciertamente es que “el imaginario diferencialista” aún sigue resistiendo, pero se encuentra obligado a negociar con las citas del tiempo global. Incluso “la verdad ya no sería una conquista. Se volvería más modestamente la materialización provisional de intereses ajustados. Lo que se volvería esencial ya no sería el proyecto, la perspectiva, sino el procedimiento, la forma de hacer”²⁴.

Este nuevo imperativo no se vive de la misma manera. Lo que parece una evidencia extrema. Pero el empuje febril de la mundialización, de un modo no voluntario semejantemente, sacude las temporalidades transmitidas por el “imaginario diferencialista”, las pone en crisis, o se aferran a sus registros referenciales contentándose con denunciar esta nueva tiranía, pero deseando sacar partido, pese a todo, de los logros técnicos y los nuevos soportes de comunicación.

No obstante, si la mundialización instaaura, subrepticamente, una nueva temporalidad, con todas sus repercusiones económicas, políticas, sociales y existenciales, forja, paralelamente, una percepción mitigada de lo real. La tecnociencia, el ordenador, Internet, la red, todos los nuevos soportes técnicos de comunicaciones, amen del trastorno de la cuestión del sentido que operan, provocan emociones y pasiones y vuelven a poner en tela de juicio todas las formas de percepción de lo real, o incluso el principio de realidad, como principio regulador de los comportamientos del ser humano, se expone a una conmoción casi total. En el marco de lo que ciertos analistas llaman “las tecnologías del espíritu”, lo virtual se substituye a lo real, y se superpone al universo de los millones de personas en el mundo. Inaugurando así una nueva cultura, o incluso otro modo de vida. Lo virtual se ha vuelto ineludible, puesto que se infiltra en todas las instancias de la existencia y modela, sin ruido, los modos de representación del tiempo, el espacio y lo real.

Si Kant considera el tiempo y el espacio como categorías a priori en el proceso de construcción del entendimiento, es decir, supone un aprendizaje, una educación para llegar a un cierto “pensar por sí mismo”, las nuevas tecnologías operan “una verdadera revolución de las técnicas de pensamiento”²⁵. La naturaleza de la articulación entre lo real, lo simbólico y lo imaginario toma dimensiones casi inalcanzables, porque la determinación de las fronteras entre lo real y lo virtual se convierte en un trabajo complejo, por lo que se entremezclan y se solapan las dos instancias hasta poner lo racional en un embarazo permanente y las relaciones con lo real, el sentido y la identidad en un replanteamiento continuo.

Las prácticas de las nuevas tecnologías de comunicación muestran, también, una gran necesidad de embarcarse en lo virtual. ¿Expresa un antiintelectualismo? ¿O un profundo deseo de huir del malestar de la civilización?

Lo virtual se ha vuelto un refugio y una pseudorealidad. Lo transmiten símbolos, visuales y acústicos, y es producto del imaginario “al que se da cuerpo gracias a un lenguaje simbólico”²⁶. Lo virtual afecta a los sentidos y emociones; formulado en el modo numérico y artificial, provoca “impresiones de realidad” o mundos oníricos que tienen la apariencia de lo real y se sienten como reales sin ser reales. Ahí uno se encuentra metido en una plena ambigüedad entre lo onírico y lo real, ante un verdadero desliz del sentido, ya que “hacer de la representación la presentación última del mundo virtual, implica que la imagen coincide con su sujeto, que ya no haya entre ambos el menor intervalo y que todo el sentido sea visible”²⁷.

La mundialización de la comunicación introduce a las personas “‘modernas’ en soportes tecnológicos, en un ‘mundo volátil’ de borrosos contornos, aporta los riesgos de irrealización por culpa de la desencarnación de lo real”²⁸. Esto tiene una doble consecuencia: primero intelectual, ya que además de las convulsiones que han socavado las nociones del tiempo y espacio, la cuestión del sentido se vuelve cada vez más problemática; luego social, porque ya no se trata de comprender, racionalmente, esta convulsión, sino de revelar sus repercusiones sociales. En efecto, las nuevas tecnologías del espíritu que “acompañan la mundialización no siempre hacen un favor a los hombres. En particular porque acentúan la fragilidad de los sistemas sociales”²⁹, provocan destrucciones, fragmentaciones y replantean la noción de intersubjetividad, interacción e identidad social. Es lo que ha empujado a Bernard Noel a considerar que “la mercancía de la comunicación ya sólo será una mercancía mental y la sociedad que se instaurará ya sólo será la del asentimiento a la evidencia”. Así “por el comercio de la imagen, la sociedad de comunicación habrá sabido realizar lo que ningún régimen totalitario había logrado crear mediante la ideología: una adhesión natural”³⁰.

Se trata, sin lugar a dudas, de una revolución multidimensional, que crea seres unidimensionales. Tras la imprenta, la radio, la televisión, etc., Internet y otras redes constituyen un viraje decisivo y excepcional en la historia de la humanidad. Ciertamente no hay sólo los lados enajenantes y negativos, porque cada vez hay que desconstruir el discurso beato sobre los nuevos medios de comunicación y “volver a situarlo en una teoría general de la comunicación”, como sugiere Dominique Walton, y sobre todo, dejar de apostar por la tecnociencia para dar un sentido a la existencia. La tecnociencia tiene sus funciones específicas, pero son los seres humanos, los actores sociales, políticos y culturales, los que deben producir sentido, principalmente porque “el hombre occidental ha tardado siglos en “librarse” de todas las tutelas: religiosas, políticas, sociales y militares. Al fin libre de pensar, circular y expresarse, decide hoy encerrarse en los miles de hilos de la comunicación técnica”³¹.

La dominación ya no se hace solamente con arsenales militares o presiones económicas y políticas; se ha vuelto altamente tecnificada, una dominación que fragmenta el mundo en regiones, grupos, elites *modernas* que navegan en lo virtual-simbólico ante un mundo que no cuenta, excluidos del “imaginario de la mundialización. Hay los que dominan las tecnologías de comunicación, producen la era de lo virtual y, por otro lado, los que sufren los efectos de las mismas. Una desigualdad sin límites se está dibujando ante nuestros ojos. Unas estructuras que se fragmentan, unos edificios que se fracturan³², creando así una “sociedad desmenuzada”³³, con todo lo que produce de crisis de poder, de los valores, identidades y tendencias, mucho más crecientes, hacia el receso, el individualismo sin referencias, etc., porque el mundo atraviesa, como dice Cornelius Castoriadis, una “utopía incoherente”. Se vive la era del “individuo privado”. Occidente –y se enterca en globalizarlo– ve desarrollarse un “tipo de individuo que ya no es el de una sociedad en que puede lucharse para conseguir más libertad, sino un tipo de individuo que está privatizado, que está encerrado en su pequeño entorno personal”³⁴.

Amén de los discursos explícitos sobre la mundialización, hay una gravidez tímida pero imperante, que lleva al ser humano a reaccionar positivamente a las normas de la mundialización. El ser humano “mundializado” es el que adapta con éxito sus comportamientos a las nuevas exigencias, el que abre su razón y su imaginación a la cultura globalitaria, sus deseos a las penetraciones comunicacionales; el “ser humano mundializado”, según esta lógica, es una persona pragmática, desprovista de prejuicios, que cree someter lo real a su voluntad y no se deja guiar por una “ideología” cualquiera. Es casi un ser neutro, sin anclajes culturales, dispuesto a esposar el “nuevo mundo” sin resistencia alguna. Amén de las competencias técnicas, el nuevo “ser humano mundializado” debe estar predisposto a interiorizar la simbólica globalitaria en su existencia, introducirla en su espacio social y hacer de ella su horizonte cultural.

Se trata, según como, de lo que Armand Mattelart denomina “el imaginario religioso de la esfera comunicacional”³⁵ en la medida en que la religión y la comunicación se fundan en el deseo de enlazar las personas y las comunidades. La comunicación se ha impuesto como verdadero paradigma de pensamiento y acción; está convirtiéndose en un “prêt-à-porter ideológico”, incluso una “videología”³⁶ más problemática que la “ideología política tradicional”.

Nadie duda que Estados Unidos es el líder de este fenómeno de civilización. Para algunos, será el único que proponga un “modelo global de modernidad”, esquemas de comportamiento y valores universales, a través de los productos de sus industrias culturales, pero también a través de sus “nuevos métodos, técnicas y prácticas de organización”³⁷. Otros llaman esta nueva América el Mc World “que se proyecta en un porvenir forjado por fuerzas económicas, tecnológicas y ecológicas exigiendo la integración y la uniformización”³⁸.

El Mc World se vuelve un modelo y una referencia, gestionado por una voluntad de potencia que transmite una nueva ideología en nombre de una pretensión de desideologización. Se trata, de hecho, de productos, pero también de imágenes, de formas materiales, inmateriales y de estética. Supone la recepción sin emisión. Es una de las características de la mundialización. La cultura parece, en este proceso, como el verdadero secreto de esta nueva situación. Además de las consideraciones de pertenencia, de lo que es local y específico, la continuidad de una cultura y sus disposiciones para la renovación son inherentes a los factores no locales y a los valores no específicos.

De modo que ¿cómo puede “humanizarse” la mundialización y apostarse por un proceso intercultural real?

Pese a la penetración progresiva de la cultura Mc World, la diseminación creciente de las normas de la mundialización, nadie duda que sería inconcebible uniformar la cultura o imponer una cultura mundial única. Las culturas constituyen realidades ineludibles, pese a la proliferación de lo virtual, la desigualdad en el intercambio intercultural o las nuevas formas de violencia cultural.

La gran apuesta se sitúa en la aprehensión despierta de lo que es transmitido, con violencia, por las nuevas tecnologías de la comunicación, apoyadas por una voluntad de poder político y económico, y lo que se resulta de la intermediación y la comunicación intercultural. Es cierto que no se puede, de ninguna manera, salvaguardar lo que está condenado a morir en una cultura, lo que cae en el olvido, como es difícil para una cultura aislarse, parapetarse y resistir a las filtraciones e influencias de las culturas del mundo. Sin embargo, la cultura Mc World contiene el peligro de una voluntad de rechazo, de exclusión e incluso de un etnocentrismo arrogante, mientras que lo intercultural significa la escucha recíproca, el reconocimiento, el diálogo, la comprensión y la predisposición por acciones en colaboración.

¿Se trata de un deseo piadoso o la responsabilidad de uno mismo respecto a las convulsiones del mundo?

Ahí radica la cuestión y la apuesta. De la mundialización y lo intercultural. En *Identités meurtrières* Amin Maalouf dice: “¿A quién pertenece el mundo? A ninguna raza en particular, a ninguna nación en particular. Pertenece, más que en otros momentos de la historia, a todos los que tratan de captar las nuevas reglas del juego –por más que desorienten– para utilizarlas en provecho propio (...) no dudo que la mundialización amenaza la diversidad cultural, en particular la diversidad de las lenguas y de los modos de vida; estoy incluso persuadido de que esta amenaza es infinitamente más grave que en el pasado (...) sólo que el mundo de hoy también brinda a los que quieren preservar las culturas amenazadas los medios para defenderse”³⁹.

Notas

- 1 . Abid Jabiri, M. (1998) *Los Arabes y la mundialización* (en árabe), Markaz dirassat al Wahda al Arabia, Beyrouth, pp. 297-298.
2. Albert, M. (1991) *Capitalisme contre capitalisme*. Paris: Seuil, p. 292.
3. Bourdieu P. (1988) *Contre-feux*. Paris: Raisons d'agir, p. 36.
4. Por razones culturales e históricas, en el mundo anglosajón, los equivalentes de los liberales franceses se llaman 'conservadores'; los socialdemócratas son 'liberales' en Estados Unidos y 'laboristas' en Gran Bretaña. Sorman, G. (1984). *La solution libérale*. Paris: Fayard, p. 14.
5. Véase Grémien, E. (1998) *Le leadership américain*. Paris: Dunod.
6. El escritor americano Hubert Selby dice al respecto: "me parece que somos más peligrosos hoy que nunca. Porque tenemos una economía muy poderosa. Creo que le llaman el "capitalismo democrático", tienen un nombre para todo, y nos quieren hacer creer que va a salvar el mundo. Creo que, al contrario, nos despertaremos un buen día y nos daremos cuenta de que es un desastre mayor. Miren lo que hacen con el Tercer Mundo: según ellos pretenden ayudarles pero si les dan dinero, en contrapartida exigen que hagan lo que se les pide. Y, las más de las veces, los resultados son desastrosos". *L'événement*, nº 774, 2 al 8 de sept., 1999.
7. Friedman, T. (1999) *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization*.
8. Jacquard, A. (1995) *J'accuse l'économie triomphante*. Paris: Calman-Levy, p.149.
9. "El ejercicio de la superpotencia, en la era del neoliberalismo, no garantiza en absoluto a todos los ciudadanos un nivel de desarrollo humano satisfactorio. Hay en Estados Unidos 32 millones de personas cuya esperanza de vida es inferior a sesenta años, 40 millones sin cobertura médica, 45 millones que viven por debajo del umbral de la pobreza y 52 millones de analfabetos. En el seno de la Unión Europea, en el momento del nacimiento del euro, hay 50 millones de pobres y 18 millones de parados. A escala mundial, la pobreza es la regla, y la holgura, la excepción. Las desigualdades se han convertido en una de las características estructurales de nuestro tiempo. Y se agravan alejando siempre más a los ricos de los pobres. Las doscientas veinticinco mayores fortunas del mundo representan un total de más de un billón de dólares, es decir el equivalente de la renta anual del 47% de los más pobres de la población mundial (2.500 millones de personas). Hay individuos que son a partir de ahora más ricos que los estados: el patrimonio de las quince personas más acaudaladas supera el PIB total del conjunto de África Subsahariana". Ramonet, I. (1999) "Nouveau siècle", en *Le Monde Diplomatique*, janvier.
10. Philippe (1999) "La globalisation, la violence et le sens", en *Bilan du monde*. Ed. Le Monde, p. 186.
11. Bourdieu, P. *op. cit.*, p. 7.
12. Minc, A. (1993) *Le nouveau Moyen Age*. Paris: Gallimard, 10-11. Alain Minc afirma que "la nueva Edad Media, como la antigua, corresponde a un mundo descentrado, móvil en que nada se consigue definitivamente", p. 67.
13. Jospin, L. (1998) "La crise mondiale et nous", *Nouvel observateur*, 10-16 Septembre.

14. Soros, G. (1998) "Réformons vite le capitalisme, sinon...'", *L' événement du jeudi*, del 1 al 7 de octubre. Afirma: "El principal enemigo de esta sociedad (abierta y democrática), ya no es la amenaza del comunismo sino verdaderamente la del capitalismo".
15. Minc, A. (1995) *L'ivresse démocratique*. Paris: Gallimard, p. 201.
16. Laïdi, Z. (1998). "Les imaginaires de la mondialisation", *Esprit*, nº10, oct., p. 85.
17. Laïdi, Z., *op. cit.*, p. 86.
17. Laïdi, Z., *op. cit.*, p. 87-88.
19. Laïdi, Z., *op. cit.*, p. 89.
20. Duclos, D. (1999) "Haine de la pensée, le nouvel ordre informatique", *Manière de voir, Révolution dans la communication*, nº 46, Juillet-Août.
21. Laïdi, Z., *op. cit.*, p. 91.
22. Laïdi, Z. (1998). "L'urgence ou la dévalorisation culturelle de l'avenir", *Esprit*, Février, p. 8.
23. *Ibid.*, p. 9.
24. Laïdi, Z. *op. cit.*, p. 18.
25. Sfez, L. (1999) "L'idéologie des nouvelles technologies" en *Révolution dans la communication, Manière de voir*, nº 46, 1999; véase también: Wolton, D. (1997) *Penser la communication*, Paris: Flammarion, p. 49.
26. Lebrun, Ch. (1996) "Réal-virtuel: la confusion du sens", *Futuribles*, noviembre, p. 33.
27. Virilio, P (1999) "Oeil pour oeil, ou le Krach des images", en *Révolution dans la communication, Manière de voir*, nº 46.
28. Lebrun, Ch., *op. cit.*, p. 36.
29. Wolton, D. (1999) "Sortir de la communication médiatisée", en *Le Monde diplomatique*, Juin.
30. Noel, B. citado en Virilio, P. *op. cit.*
31. Wolton, D., *op. cit.*
32. Mattelard A. (1999) afirma que: "La globalización se conjuga con fragmentación y segmentación. Son las dos caras de una misma realidad en vías de descomposición y de recomposición", en "Dangereux effets de la globalisation des réseaux", *Manière de voir*, nº 46.
33. Castoriadis, C. (1999) "L'individu privé", en *Révolution dans la communication, Manière de voir*, nº 46.
34. *Ibid.*
35. Mattelart, A. (1999) "Dangereux effets de la globalisation des réseaux" en *Révolution dans la communication, Manière de voir*, nº 46; véase también: Maffesoli, M. (1993) *La contemplation du monde, figures du style communautaire*. Paris: Grasset, p. 147.
36. Barber, B., R. (1999), "Culture Mc World contre démocratie", *Manière de voir*, nº 46.
37. Mattelart, A. *op. cit.*
38. Barber, B., R., *op. cit.*
39. Maalouf, A. (1999) *Les identités meurtrières*. Paris: Grasset, p. 164-165, 175. Disponible en español en Alianza y en catalán en La Campana.